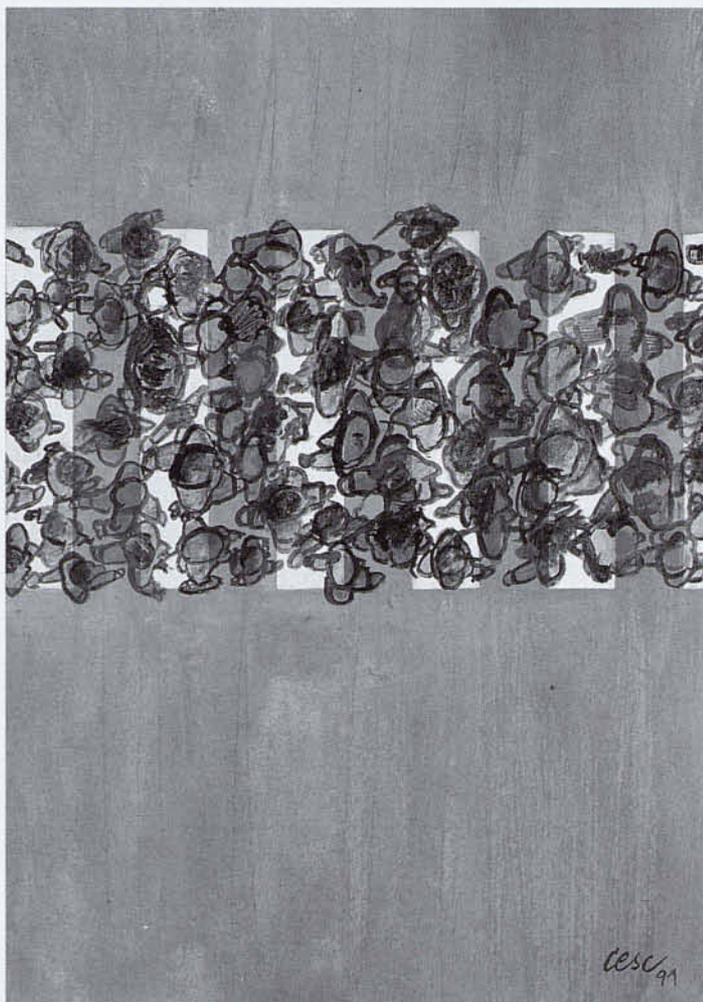




ANNA CABRÉ

ANNA CABRÉ (BARCELONA, 1943) ES LA DIRECTORA DEL CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS (CED), FUNDADO EN EL AÑO 1984 Y VINCULADO AL DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA. UN LARGO CURRÍCULUM DE ACTIVIDADES DOCENTES Y UNA EXTENSA BIBLIOGRAFÍA, LA AVALAN COMO UNA DE LAS ESPECIALISTAS SOBRE TEMAS DEMOGRÁFICOS MÁS RELEVANTES DEL PAÍS, Y CON MAYOR PROYECCIÓN INTERNACIONAL. DESDE EL CED, LA DOCTORA CABRÉ IMPULSA LOS ESTUDIOS DE GEOGRAFÍA DE LA POBLACIÓN, EL ESTUDIO DEMOGRÁFICO DEL TERRITORIO, DE LAS TENDENCIAS DE CRECIMIENTO, ETC., TEMAS POR LOS CUALES, SEGÚN AFIRMA, EXISTE UNA “SENSIBILIDAD ATÁVICA”.

SALVADOR CARDÚS SOCIOLOGO Y PERIODISTA



CESC. PASO DE PEATONES, 1991.

La doctora Anna Cabré, profesora del Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma, es uno de aquellos casos, cada vez más excepcionales, de expertos que no se dejan atrapar por la vorágine burocratizadora de la organización académica. Su presencia en el espacio universitario, en las reuniones de juntas y comisiones, en las aulas, en la investigación, es como una ventada imposible de atrapar en las estrecheces del mundo funcional. Quizás, en conjunto, porque también es de la generación de universitarios catalanes tocados por el Mayo de 1968, mientras estudiaban en París hace ahora veinticinco años. Al mismo tiempo, su conversación traspúa una pasión por el oficio, es decir, por la demografía, que, más allá del frío interés de las cifras exactas y de los gráficos complejos, nos recuerda permanentemente que estamos hablando de personas concretas, reales.

—Últimamente, y junto con los problemas medioambientales, los temas demográficos se han puesto de moda. Ahí están las bajas tasas de natalidad, el envejecimiento de la población, y especialmente la cuestión de las migraciones. Es seguro, pues, que esta preocupación social pesa mucho sobre el trabajo de investigación que se puede realizar en un centro como el que usted dirige...

—La creación del Centro de Estudios Demográficos (CED) en 1984, lógicamente, está relacionada con toda la problemática demográfica de aquellos años, especialmente marcada por la caída de la natalidad que los países occidentales habían experimentado en los diez años anteriores, y en Cataluña, además, por la inversión de los flujos migratorios. Era un momento duro, a causa de la crisis económica, y existía una preocupación clara por la cuestión demográfica.

Hoy en día, a pesar de que las tasas de natalidad no han crecido, parece que las preocupaciones son de otro orden, más ligadas, por una parte, al crecimiento demográfico en relación con los planteamientos ecológicos, y por otra, al tema de las migraciones internacionales. En lo que se refiere a este segundo aspecto, creo que hay una auténtica psicosis. Y desde mi punto de vista se trata de una psicosis poco justificada, especialmente si tenemos en cuenta los propios datos.

De modo que, principalmente, estamos solicitados por el tema de las migraciones, si nos referimos a la dimensión más bien pública de nuestro trabajo; aunque esto no se corresponde exactamente con la orientación de la investigación que realizamos.

Al fin y al cabo, el tema de las migraciones no es propiamente demográfico, y se encuentra en un cruce de especialidades diversas. Nosotros, en el CED,

fundamentalmente nos dedicamos a los estudios de geografía de la población, al estudio demográfico del territorio, en particular de Cataluña, a los crecimientos diferenciales por períodos, a las tendencias de crecimiento, a los tipos de ejes que se dibujan, etc. Y también, en un terreno que nos es aún más específico, a los fenómenos que marcan la constitución familiar: la nupcialidad y la fecundidad. Finalmente, en este oficio sería imposible no hacer previsiones, proyecciones, perspectivas, prospectivas, etc. Las hacemos, y en gran número.

– Pero la demografía, ¿no puede acentuar el catastrofismo que acostumbra a hacerse en relación con estos temas, o acaso relativiza su gravedad?

– Esto depende más de los demógrafos que de la demografía. Y es que la interpretación de unos mismos datos puede divergir bastante. En especial cuando se trata de hacer previsiones, puesto que es inevitable que intervengan opiniones bastante subjetivas. Pero el terreno de las opiniones, de los juicios de valores, ya no es propiamente el de la demografía.

– En cualquier caso, ¿podría decirse que de los estudios de demografía puede desprenderse una "ética" demográfica o, si se quiere, tanto unas pautas de comportamiento colectivo "necesarias" como unas políticas públicas de población "adecuadas"?

– Lo que puede hacer la demografía es desmitificar determinados tópicos, más que dar respuestas políticas o éticas. Pero el caso es que, nos guste o no, el discurso demográfico no lo hacemos principalmente los demógrafos, sino que lo hace todo tipo de gente: periodistas, políticos, obispos, e incluso la gente de a pie. Pienso que hay una sensibilidad atávica por los temas demográficos. Durante milenios, crecer ha sido bueno. Despoblar era sinónimo de devastar. Y eso está todavía arraigado en una especie de fondo inconsciente: se supone que si no crecemos desapareceremos, que no tendremos futuro, que quizás acabaremos siendo invadidos por gente de fuera, ... Son sentimientos atávicos tan potentes y profundos, que pueden llegar a utilizarse para movilizar a la población. En esta situación, lo que puede hacer el



CESC. PROTESTA.

demógrafo es desmentir cosas, explicar qué no está probado, poner de manifiesto los factores que intervienen en un proceso, etc. Pero la decisión sobre las políticas de población debe tomarla el político, o quien tenga la responsabilidad. En todo caso, el demógrafo puede poner en evidencia que una determinada política es contraproducente en relación a lo que el político dice perseguir.

Por ejemplo, en Cataluña se habló de fomentar una política de terceros hijos para hacer frente a las bajas tasas de natalidad. Para empezar, la cuestión ya es lo bastante discutible si se plantea al margen de una política demográfica global, y lo cierto es que el país no la tiene. En este caso, pues, el demógrafo puede decir que en realidad, el descenso demográfico de los años ochenta tiene su raíz en el hundimiento de la nupcialidad, en un retraso muy marcado de la nupcialidad. Por un lado, pues, ha habido una disminución de la propensión a casarse, a formar parejas, y por otro lado, una vez casados, un retraso en la llegada del primer y del segundo hijos. Ante esto, una política de terceros hijos, cuando la gente aún está por casar, no tendría muchos efectos. El problema fundamental, en este caso, es el retraso en la constitución de la familia. Por el momento se trata sólo de un retraso. La gente no dice que no se quiera casar, sino que no quiere hacerlo "ahora". Pero a la larga también podría terminar siendo realmente una inhibición. La solución, en un caso como éste, no sería decir "tened más hijos", sino "tenedlos ahora". Es decir, llevar a cabo políticas que favorezcan la anticipación de la natalidad. Sólo en este sentido puede decirse que la demografía puede condicionar las políticas que se realicen, ya que según el análisis de las causas, estas políticas pueden ser muy distintas.

Y es que los hechos demográficos no se explican por la demografía en sí misma, sino por una serie de factores sociales. Existe toda una serie de rigideces básicas que no pueden olvidarse: la monogamia legal, los nueve meses que se tarda en tener las criaturas, la duración del período fértil, etc. La obligación del demógrafo es no dejar de analizar ninguna de las relaciones que se establecen entre todos los factores que le son propios, y es necesario que, en todo caso, su perspectiva se complete desde otros terrenos. Nuestra obligación es describir e interpretar.

Las cuestiones que tienen una base valorativa vienen dadas socialmente por consenso: por ejemplo, el vivir cuanto más mejor, o el tener tanta educación como sea posible, son como una especie de evidencias colectivas que, hoy por hoy, no se discuten. Y cualquier intento de discutirlos sería altamente impopular, aunque podría hacerse. Es justamente este consenso de orden cultural el que define socialmente la aceptación o no de determinadas situaciones, y no la demografía.

– Las decisiones políticas que afectan a la población, como la limitación a la entrada de inmigrantes, son medidas que tienen una dimensión ética y política muy grande, que afectan a los derechos fundamentales de la persona. ¿Cree usted que, efectivamente, las decisiones se toman atendiendo a estas orientaciones que puede proporcionar la demografía?

– A menudo, en muchas de estas políticas hay mucho doble lenguaje. Problemas casi de orden público, como las actuales oleadas de xenofobia, en ocasiones llevan a anunciar políticas que no es seguro que acaben llevándose a la práctica. Se anuncian más para dar confianza y para hacer creer que el problema no se les irá de las manos, que para ser llevadas a cabo.

– Hablemos, si le parece, del caso catalán. Se ha dicho que Cataluña es un laboratorio excepcional desde el punto de vista demográfico. ¿Es cierto?

– Sí, es cierto. El caso es que Cataluña tiene unas particularidades específicas muy notables. En primer lugar, experimentó un descenso muy precoz de la fecundidad. A excepción de Francia, es uno de los primeros territorios euro-

peos donde la fecundidad baja. Pero con una característica diferencial: la esperanza de vida en Francia era bastante más alta que aquí. En cambio, en Cataluña, la fecundidad baja con una esperanza de vida de treinta años, mientras que en el resto de la Europa occidental era ya de cuarenta años. Este descenso es muy curioso, ya que no se trata de un fenómeno exclusivamente urbano. Probablemente es una respuesta de la propia sociedad rural, en defensa del mantenimiento de la casa. No debe olvidarse que durante todo el siglo XIX se vive la amenaza de la imposición del código civil español y de la desaparición del propio, que habría afectado de lleno a la institución del heredero, es decir, al mantenimiento de la estructura de la propiedad. En Cataluña se produce muy pronto, pues, una desproporción entre mortalidad alta y natalidad baja. La reproducción neta en 1860 era de unos ochenta hijos por cada cien mujeres. Pero el crecimiento de la población queda garantizado gracias a la prolongación de la vida, y por consiguiente al hecho de que las hijas vivan más que las madres. En cualquier caso, tenemos una natalidad de las más bajas del mundo, sólo superada por Liguria y Piemonte. Y en segundo lugar, tenemos un movimiento migratorio que es más importante, en términos relativos, que los de Australia, Argentina o los Estados Unidos de América, que son los países típicos de inmigración. Para darnos cuenta de la magnitud de este proceso, pensemos que de los aproximadamente dos millones de catalanes que éramos en 1900, sin las migraciones de este siglo XX seríamos actualmente menos de 2.400.000 habitantes. Es decir, que actualmente hay 3.600.000 catalanes que son consecuencia directa o indirecta de las migraciones de este siglo. Dicho de otro modo, las raíces de este pueblo son más recientes que las de los argentinos o australianos. Es impresionante. Ésta es la especificidad de Cataluña: durante cien años ha habido una natalidad muy baja, acompañada de una alta inmigración. Y esto sin contar el proceso de inmigración interior. Porque la inmigración procedente de fuera de Cataluña es la continuación de un movimiento que parte desde dentro y que sigue desde fuera. Combinando todas estas características, yo he llegado a hablar, pues, de un sistema catalán de reproducción.



CESC. CABEZAS DE GENTE.

Ahora bien, en estos momentos nos encontramos en un punto en el que este sistema puede acabarse, precisamente por la aparición de barreras administrativas a la entrada de inmigrantes. Hasta ahora, éstos procedían de territorios del propio Estado, sin impedimentos administrativos; pero los que ahora podrían entrar sí que los tienen. Esto representa, en la práctica, la imposibilidad material de continuar con este modelo, que en términos económicos corresponde al modelo de "suministro ilimitado de mano de obra", lo cual puede tener consecuencias importantísimas.

— ¿Y no es previsible que pueda llegar inmigración de Europa con mucha mayor facilidad?

— No. Porque en la Europa comunitaria tampoco hay excedentes importantes de mano de obra, y siempre —también en el pasado—, a medida que se han debilitado las barreras administrativas, han disminuido los movimientos migratorios. Históricamente así ha sido. Pero es que en esto de las migraciones, como decía antes, hay una verdadera psicosis, porque los datos son realmente bajos en relación con otros períodos históricos. Ha habido otros momentos mucho más importantes desde este punto de vista. Alemania Occidental, en cinco años, después de la Segunda Guerra Mundial, recibió más de diez millones de inmigrantes, y con una economía maltrecha, propia de la posguerra. Por otra parte, Europa exportó 50 millones de inmigrantes en el siglo XIX. Y en los años sesenta, Francia recibió medio millón de argelinos en pocos años. Y nada de esto creó una psicosis como la actual. Pensemos también en Canadá, que recibe cantidades ingentes de inmigrantes, y en cambio los problemas se dan

con las etnias autóctonas de siempre, y no con los que vienen de fuera. Objetivamente, no nos hallamos en un momento de inmigración tan importante como se cree.

— ¿Puede precisarnos algo más sobre las características de este sistema catalán de reproducción?

— El sistema de reproducción que rige aquí es un sistema que no es sólo demográfico: es un sistema con baja fecundidad, alta inmigración, pero también con una fuerte movilidad social ascendente, de dinámica muy estructurada, aunque pueda parecer contradictorio. Hay que tener en cuenta que este sistema nace en una sociedad preocupada por el mantenimiento de las unidades de producción familiar: la casa, el pequeño comercio, la pequeña empresa. Según qué modelo de crecimiento se hubiera seguido, se habría puesto en peligro esta forma de acumulación de capital. En cambio, el crecimiento a través de una inmigración exterior permite mantenerlo sin dispersarlo. Simplificándolo un poco, podríamos decir que la gente de fuera no hereda aquí, y esto permite la conservación del patrimonio. Los migrantes, de entrada, ocupan posiciones inferiores. Aquí llegan desde abajo, lo que no colapsa el ascenso social, y en cambio pueden participar en el movimiento ascendente. Es un sistema que aspira, que absorbe nuevos inmigrantes. La ventaja, como decía, está en que no dispersa los patrimonios, mientras que proporciona posibilidades de ascensión a los que llegan. La entrada es dura, pero el país ofrece muchas oportunidades.

Éste no es el caso general de todas las zonas de inmigración, porque a las áreas metropolitanas de las capitales europeas, por ejemplo, llega gente de todos los niveles socioprofesionales. Aquí no es exactamente así. Éste es también el motivo por el que Europa no puede proporcionar un tipo de inmigración que esté dispuesta, inicialmente, a ocupar los niveles inferiores de la escala social. Los únicos que pueden venir son trabajadores extracomunitarios, que en estos momentos son predominantemente marroquíes.

— ¿Podría pensarse que es precisamente este sistema catalán de reproducción el que explica la escasa conflictividad social que ha habido en Cataluña, a



CESC. FOUJE, 1991.

pesar de la importancia que ha tenido el movimiento migratorio?

– Efectivamente, porque es un sistema muy “americano”. Éste es un sistema social de integración. Al inmigrado de aquí en seguida le pica el virus del ascenso social. Por otra parte, la regla matrimonial es la exogamia; con la excepción relativa de los andaluces, que quizá se han mezclado menos porque a menudo ya llegaban casados o a punto de casarse. Los comportamientos, pues, son abiertos.

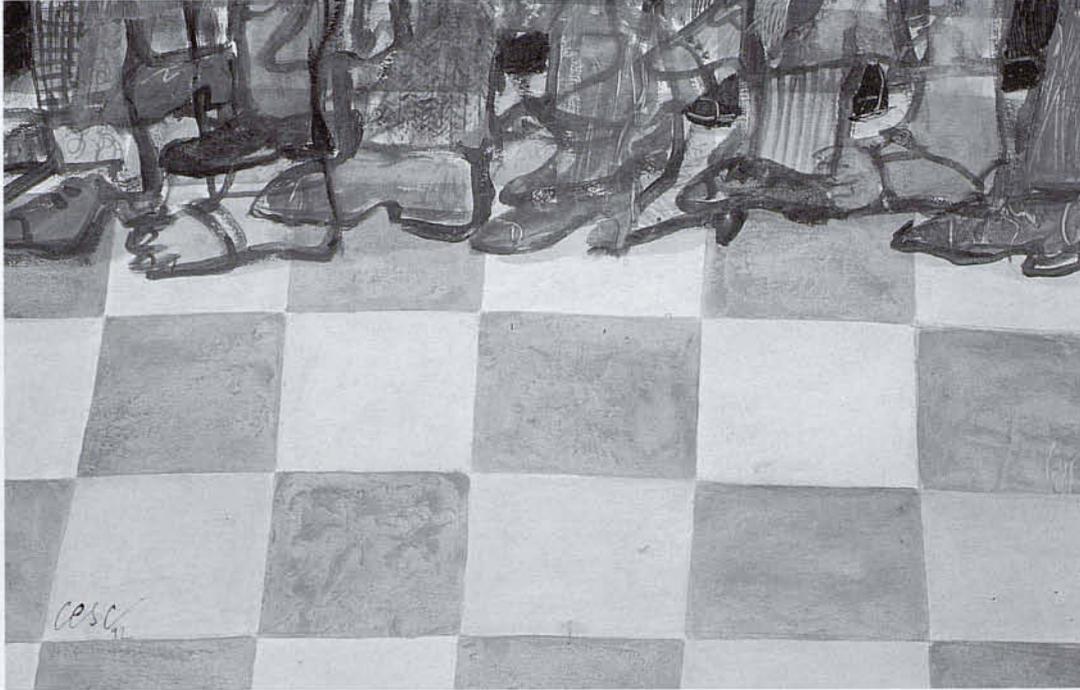
También es interesante observar que, en Cataluña, la movilidad social de las mujeres ha sido tradicionalmente descendente. El hombre solía buscar una mujer de categoría superior y de mayor dote, y la mujer se casaba por debajo del propio nivel familiar. Lo único que se le pedía a una mujer es que se casara con un chico que fuera trabajador. Las mujeres catalanas han tenido mucho margen para casarse. Por consiguiente, han sido ideales para la promoción social de los chicos inmigrados. Lo cierto es que le es más fácil casarse

a un joven inmigrado que a una mujer inmigrada. En estos momentos, también los marroquíes se casan con relativa facilidad con catalanas, y si no lo hacen en mayor medida es a causa de los impedimentos que ponen sus propias familias. Es un modelo que, además, favorece la integración en los niveles populares. Y es que son los niveles populares los que han hecho la integración del país.

– ¿Y cómo se explica, a pesar de todo, el mantenimiento de una identidad nacional?

– El sistema de integración en una identidad cultural tiene una gran ventaja, y es que uno de los principales definidores de esta identidad es la lengua. Y éste es el menos nocivo de los posibles criterios de integración. Las identidades basadas en el color de la piel, o en la religión, son mucho más problemáticas. Y si bien no parece que se puedan tener dos religiones, sí que pueden conocerse y usarse dos lenguas, y emplearlas según lo que más convenga.

La catalanidad, pues, es algo abierto. Como la americanidad. Del mismo modo que no podría entenderse en los EE.UU. que alguien que tuviera la posibilidad no quisiera acceder a la condición de americano, tampoco en Cataluña parecería razonable renunciar a ser catalán. Si puedes serlo, ¿por qué privarte?. Y ello, claro está, sin tener que renunciar a seguir siendo lo que se es de origen. “Ser catalán”, pues, es aceptar una especie de código deontológico, en el que además la lengua no es el elemento fundamental. Lo principal para “ser catalán” es esta voluntad de no crear conflictos, de ser tolerante. Podrían imaginarse una suerte de “mandamientos” que manifestaran cómo hay que expresar esa voluntad: primero, no hables nunca mal de Cataluña, ... y si es posible tampoco pienses mal de ella; segundo, no interfieras en la catalanización de los hijos; tercero, trabaja en serio; cuarto, di siempre “gràcies”, “sisplau”, etc.; quinto, muestra preocupación por evitar conflictos, por suavizar las relaciones personales; etc. Si se cumple esto, tanto da si enton-



CESC. UNOS TRAS LOS OTROS, 1992.

ces se mantienen aficiones culturales propias del país de origen. Por otra parte está la lengua. En Cataluña, un senegalés o un marroquí que hablen catalán, ya son un catalán senegalés o un catalán marroquí. La clave está en expresar la voluntad de pertenecer a la comunidad. Y puesto que esta voluntad no se le puede negar a nadie, la vía está abierta.

– ¿Puede decirse, pues, que el nacionalismo catalán no lleva implícito el cerramiento, el conflicto, la exclusión?

– *Dado que el concepto de catalanidad es abierto, también podría cambiar. Pero por el momento, efectivamente, así es. La definición de la identidad a través de la lengua, desde este punto de vista, es un sistema perfecto. Por otra parte, la vacuna más radical contra la xenofobia es la inmersión, como en Canadá. Contrariamente a lo que últimamente se dice, no es cierto que haya un umbral de inmigración a partir del cual se produzca conflicto, sino al revés. En Cataluña puede decir-*

se que todos somos migrantes. Ya he dicho que dos tercios eran fruto de la inmigración del siglo veinte. Si, además, tenemos en cuenta que nunca han sido una comunidad segregada, entonces ya puede decirse que más de las tres cuartas partes de catalanes son inmigrantes, o están casados con inmigrantes, o descienden de inmigrantes. Los catalanes sin ningún grado de relación con la población inmigrada quizá no superen el quince o el veinte por ciento, y con una media de edad superior a los 60 años, y probablemente residentes en zonas bastante aisladas y en declive. Entre la gente de menos de veinte años acaso no haya ni un cinco por ciento de catalanes sin ningún pariente migrante del siglo veinte. Así pues, nadie puede hablar mal de los inmigrantes sin echarse piedras al tejado. En todo caso, la regla sería que la xenofobia desaparece por encima de un cierto umbral.

En definitiva, no todo nacionalismo es divisor, conflictivo. El catalán es un nacionalismo funcional, creador de cohesión.

– Para concluir, doctora Cabré, ¿no le parece que trata con un “material de alta peligrosidad”, cuando analiza estos temas sobre los movimientos de población, que suelen tener una trascendencia tan extraordinaria, y que a menudo son fuente de graves conflictos?

– *Ya he dicho que el discurso demográfico también se utiliza para hacer catastrofismo, para fomentar miedos, pero no debería ser necesariamente así. Muy al contrario, por ejemplo, podría explicarse que la inmigración de los países pobres a los ricos no es forzosamente mala. En realidad, una inmigración importante y ordenada del Sur hacia el Norte provocaría una disminución de la fecundidad en los países pobres, implicaría una redistribución de recursos, y comportaría otros cambios que difícilmente podrían conseguirse por otros medios. Considero que es bueno admitir generosamente a migrantes; a tantos como se pueda; es más positivo que erigir barreras. Es muy importante poder garantizar la libertad de movimientos, tanto a la salida como a la llegada. ■*